

# POESIA Y POLITICA SOBRE ANTONIO MACHADO

Por ENRIQUE CASAMAYOR

QUE no venga a suceder con la figura de nuestro D. Antonio Machado lo que ha sucedido con la de Federico García Lorca, poeta nuestro y muy nuestro. Si Lorca es hoy, en buena parte del mundo, objeto y bandera de propagandismo político, se debe tanto al silencio impertinente nuestro como a la intención política disfrazada con la piel del cordero de la poesía. Poesía y política son dos misterios humanos que no pueden, no deben convivir. Quien los junta, destruye poéticamente lo que no debe morir. El "caso" García Lorca, descendido a pragmática partidista y a pasquín banderizo, es un producto típico de los últimos años peregrinos, que incluso han roto la medida de la valoración crítica de la poesía. Poner a Lorca a la altura de Jorge Manrique, equipararle a Lope de Vega o a Bécquer, es una demasía de refracción política. Encuadrando a cada cual en su casilla, éste sería el caso, no de



Lorca, sino de Antonio Machado, poeta universal. Pero Machado, hombre con alguna ocupación política en su obra, al contrario del granadino, ha sido respetado hasta cierto punto por la propaganda del momento. Quizá su muerte, abandonada y mísera, no pudo convertirse en el "slogan" populachero e irrespetuoso que se deseaba, ya que el recuerdo de su fin desgraciado no permitió acallar conciencias, culpables de una muerte que no se quiso evitar. Porque Machado murió solo, viejo, enfermo y abandonado de los que le empleaban como instrumento de su política. La huida a pie por Cataluña, el campo de concentración en Francia, la última enfermedad y la muerte en el desamparo de Collioure son otras tantas acusaciones. Hora es de que se diga la verdad: la muerte de Machado fué un parricidio político, a manos de quienes más le debían.

Al margen de su calamitoso fin, Machado sigue tan nuestro y tan español como García Lorca, pese a quien pese. ¿Qué pasa, pues, con Machado, cuya gigantesca figura parece olvidarse? ¿Qué se ha hecho en América y en España con su recuerdo y su obra desde 1939? Poco significan, a la hora de la verdad y del amor, las ediciones de sus obras más o menos completas, dadas a la imprenta con ánimo negociante. Cosa parecida, quizá acentuando los síntomas, ha ocurrido en Méjico y Argentina con la obra de García Lorca, negocio el más lucrativo a ediciones agotadas, alternando con biografías sin rigor ni documentación, fríste favor que se le hace a la memoria del poeta.

No ocurre lo mismo con Antonio Machado, de cuya obra y, en principio, de su muerte se ha escrito mucho en América. Esta indudable preocupación por Machado adolece, sin embargo, de brevedad. En general, los trabajos publicados en diarios y revistas americanas durante los dos últimos lustros son más bien artículos periodísticos, más circunstanciales y fragmentarios que verdaderos estudios críticos, de los cuales la obra machadiana está casi virgen. Citamos de estos últimos el ensayo de Santiago Montserrat *Antonio Machado, poeta y filósofo*, publicado en Buenos Aires, y el de Alberto del Campo *Antonio Machado, poeta y castellano. Meditación sobre el paisaje y su filosofía*, en Montevideo.

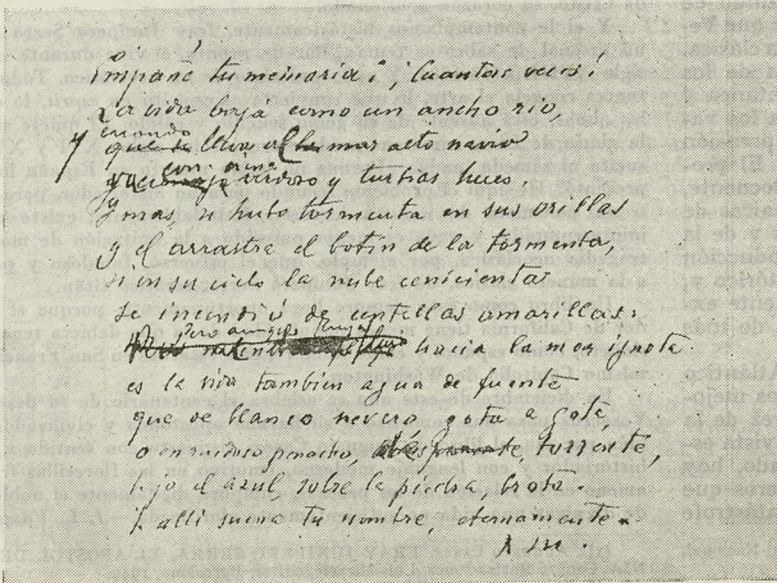
En España tampoco se ha ido muy lejos.

ción. Un solo libro, *Vida de Antonio Machado y Manuel*, de Miguel Pérez Ferrero, rompe en el aspecto biográfico la casi absoluta orfandad. Y entre los estudios, uno magnífico de Carlos Clavería, publicado por el Colegio Trilingüe y la Universidad de Salamanca, *Notas sobre la poética de Antonio Machado*; la aportación de Pedro Laín Entralgo en su libro *La generación del 98*, y también el prólogo de Dionisio Ridruejo a la quinta edición de las *Obras completas* de Espasa-Calpe, Madrid, 1941. *El poeta rescatado* es, en su época y en España, ejemplo de adhesión pública a la obra permanente de Antonio Machado. En este sentido, José María Valverde, en su trabajo *Sobre Antonio Machado* ("Arbor", 1949), escribe: "El trabajo de Ridruejo contribuye a deshacer la imagen que de Machado pudieran dar algunas actitudes prácticas de sus últimos años, haciendo ver cómo su pensamiento e ideario siguieron siendo algo mucho más noble y elevado de lo que quisieron los que le rodeaban."

Se está cumpliendo el décimo aniversario de la muerte de don Antonio en tierras de Francia. Sólo la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, una revista "oficial", con su sambenito a cuestras, anuncia para octubre un número monográfico dedicado a estudiar la vida y obra machadianas. "El Gobierno español—dirá la irritabilidad peregrina—, que quiere hacerse con los poetas que se le fueron..." Sin pensar que, por esta vez de acuerdo con Stalin, "el arte pertenece al pueblo", la poesía pertenece al pueblo y, muy particularmente, el poeta popular que es Machado pertenece a España.

España, por esta vez, gozará la suerte de poner en claro una parcela muy considerable de la obra de Antonio Machado, desconocida o no interpretada hasta la fecha. El hallazgo de un cuaderno de apuntes, especie de diario del poeta que abarca distintos períodos de 1912 a 1924, viene a esclarecer, sin más duda, el misterio de *Los complementarios*, cuyo título lleva y que explica con abundante documentación la famosa teoría machadiana de la alteridad, de la heterogeneidad del ser. Este precioso cuaderno, de cuatrocientos folios, aclara igualmente la verdad medio revelada del *Cancionero apócrifo*, presentándonos, junto al poeta Abel Martín y a su maestro Juan de Mairena, otros doce poetas, que son otras tantas "otredades" de Machado. Uno de ellos—y esto es ya rizar el rizo—viene a llamarse Antonio Machado, a quien "alguien ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades*, *Campos de Castilla*, etc.", como el propio don Antonio apostilla irónicamente en la presentación de su "otro él" homónimo. Unase a todo esto un sinnúmero de comentarios de varia índole y la inclusión de un buen número de poemas inéditos y de numerosas variantes sobre los ya publicados por su autor.

Este cuaderno de *Los complementarios* es el segundo de los tres a que Machado alude. ¿Dónde pararán los otros dos? ¿Se habrán perdido en la marcha de enero de 1939 hacia los Pirineos? Quizá quienes acompañaban a don Antonio en aquel viacrucis de amargura puedan saber algo. Aquella maleta que se abandonó no se sabe dónde...



Como en América, aún está por escribir una obra crítica seriamente trabajada. Las revistas apenas han parado mientes en la importancia del caso, mientras las casas editoras proseguían con sus nuevastiradas, reducidas a mera reedi-



## FRANZ TAMAYO Y BOLIVIA

Bajo el título "Franz Tamayo, hechicero del Ande", publica D. Fernando Díez de Medina, escritor boliviano, una biografía, "al modo fantástico", del poeta indioespañol Francisco Tamayo, que es al mismo tiempo, y fundamentalmente casi, una biografía de Bolivia a lo largo de ochenta años: tan entrecruzada está la existencia del protagonista con la de su patria y tan fundida y confundida su historia personal en la de su tiempo. Como Tabaré, el héroe romántico del poema de Zorilla San Martín, Tamayo es, orgullosamente, mestizo de español y de india, y corre por sus venas la doble herencia de la sangre conquistada y de la vencida: "Todas nuestras ideas son de blancos. Todos nuestros sentimientos, de mestizos. El grande mal de que sufrimos es este divorcio de criterios y de sentimientos, verdadera disociación de fuerzas interiores que nuestra moderna cultura a la francesa acentúa y agrava. Nuestra vida es una constante contradicción." Con estas palabras mismas expresa Tamayo el drama íntimo en que el alma mestiza se debate. Y agrega en otra ocasión: "En América, las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta." Protesta Tamayo de continuo contra la invasión literaria y superficial de las ideas venidas de París, "el mal de América", según llama él a la penetración colonial de la cultura francesa en el continente andino, por acentuar todavía más estas ideas aquel divorcio de criterios y sentimientos que sufre el indio aborigen en su alma. "El daño causado en las dos últimas centurias, en los países que han sufrido intensamente la excesiva difusión de ciertas ideas francesas, es, en verdad, profundo e incalculable." Esto dice ya en 1913 Tamayo, en pleno auge de París, adelantándose proféticamente a su época y dando pruebas de comprender con profunda verdad el problema de su pueblo y de su raza espiritual. Huyendo del embriagador contagio francés, "que mata al indio como el whiskey al piel roja", según solía decir otro americano del sur, Tamayo orienta su espíritu hacia Alemania, uniéndola en su amor, goethianamente, con Grecia; pero sus compatriotas le tachan entonces de extranjerizante y le acusan de olvidar lo indio y vernáculo. A la postre, en los sombríos días finales de su existencia, próxima su muerte, Tamayo españoliza el hondo sentir de su alma india. Dice D. Fernando Díez de Medina: "En la última derrota surge con bruseca majestad el ibero, el gran señor inexorable con el mundo y consigo mismo. Lo español es el arte de bien morir. Lo más sustancialmente español es esta sabiduría de la muerte. España no puede ser liberal, como Francia e Inglaterra. Es o no es. "Efectivamente, España no puede ser simplemente liberal, sino que ha de ser, ante todo, afirmación plena de su esencia y de su libertad.

Poéticamente pertenece Tamayo, "el niño de ojos viejos", como bellamente le llama su biógrafo, al romanticismo rezagado, aislado, casi geográficamente, en medio del modernismo simbolista de América. Tiene su verso un ritmo sobrio y cortante, como la arista de la roca andina, y sólo algunas veces un diáfano fluir interior pone estremecimiento, gracia y frescura en la dicción granítica de su poesía:

*La vi sin verla un día,  
la sentí sin sentirla,  
Llegaba inmensa y honda  
como la primavera,  
y en el silencio íntimo  
con que la nieve cae.*

No son, empero, frecuentes estos momentos en que el acierto expresivo acompaña a la inspiración romántica de Franz Tamayo, y se hace necesario espigar vigilantemente entre sus composiciones para cosechar aquí y allá unos cuantos granos de genuino encanto poético. He aquí una última muestra en la que se entreoje fugazmente esa especie de sonido metafórico, ese entrecrozar de las estaciones en el rumor de la Naturaleza, tan peculiar del estro sudamericano y tan típico, por ejemplo, en la poesía chilena de Pablo Neruda:

*¡Verano que se parte,  
valle que muere ya!  
.....  
¡Funerales tambores  
de los otoños pálidos!*

Pero la mejor y más ejemplar obra de Tamayo es su vida misma hecha a punta de voluntad y de esfuerzo: a través de ella encuentra expresión su poderosa personalidad y logra humana plenitud su originalidad aimará y castellanísima. Resulta apasionante ver cómo se entreteje la vida entera de un pueblo—con su política, sus luchas grandes y mezquinas, su incipiente organización y el drama siempre latente de sus clases sociales—en la existencia de un solo hombre. Así, biográficamente, la historia de Francisco Tamayo despliega ante nosotros la de Bolivia. Insensiblemente penetramos en la misteriosa intimidad del indio boliviano y nos sumimos en el silencio milenario de su alma. Para Tamayo, "el meridiano intelectual de América hay que buscarlo en Méjico, Bolivia o el Perú, en la América india o mestiza, que es la auténtica y permanente, no en la cosmopolita, que es la artificial y transitoria". América, la América hispana, "la América fragante de Cristóbal Colón", que nos entrecubre adánicamente el verso de Rubén Darío: virgen de técnicas científicas, sociedad en ebullición y en acción interior, alma haciéndose a sí misma, nos permite asomarnos al proceso de crecimiento e integración de un pueblo, y observar al desnudo, y

poco menos que experimentalmente, sus reacciones, y el sistema de fuerzas que componen significativamente su vida. Como en toda sociedad prístina y reciente, el poder de la palabra y la magia del verbo ejercen un influjo directo e intenso en estas colectividades intactas de los Andes, y así se explica la influencia profunda y rectora de los poetas en la vida pública de la nación. Shelley, que en su "Defensa de la poesía" habla del poeta como legislador, se hubiera sentido, por una vez, corroborado románticamente por la realidad.

Pero Franz Tamayo, tal como lo retrata su biógrafo en este libro, nos hace pensar en un Sarmiento malogrado; en un vencido que cae, víctima de un destino infortunado, exclamando unamunescamente:

*El ser nacido de mujer un día  
sólo tiene una ley: ¡sobrevivirse!  
Hambre de eternidad fatiga al mundo...*

Hambre de eternidad y de sosiego en medio de los combates políticos y de las amarguras humanas; hambre de eternidad salvadora que le dicta egregiamente, en su segundo libro de "Proverbios", esta declaración de fe poética: "La maravilla de la poesía consiste en esto: siendo una alta forma de acción humana, es toda interior, y debiendo ser, como todo lo interior, invisible, es, sin embargo, la mayor epifanía. Alcanza la apariencia de los fenómenos naturales sin su caducidad, y el esplendor de los ensueños y de las ideas sin su evanescencia e inconsistencia. Es la mayor tentativa de inmortalidad y marra menos que la ciencia en la tarea de divinizar al hombre." También en esto Shelley hubiera estado plenamente de acuerdo con él.—*Leopoldo Panero.*

## "LO QUE DICEN LAS MUJERES"

Semana tras semana, entre trágicas noticias de la guerra en que entonces ardía medio mundo y otras de la noble y fecunda paz española, con reportajes, crónicas y ecos mortuorios y natalicios, nos llegaba como una clara sonrisa sobre la plana del periódico una entrevista con la artista célebre, con la deportista que batió el "record", con la damisela o la otoñal. Las entrevistas estuvieron sirviendo largo tiempo, como las noticias guerreras y pacíficas, como los sesudos editoriales y las carteleras del teatro, para envolver trozos de merluza, durmiendo días y días en las estanterías de los oscuros archivos. Ahora todas aquellas, en un haz apretado, se han unido y en un paso de baile se han lanzado al escenario, a la actualidad. Ahora están unas y otras en este libro alegre y grato que nos llega con las primeras luces del otoño.



De todas aquellas charlas ha escogido las más divertidas y ha compuesto este libro, que le acredita una vez más de "poeta, periodista, abogado, dramaturgo y diplomático", como afirma una pluma anónima en la solapa de su obra. De todas estas cualidades, unas en más gramos, hasta llegar a la necesidad de la romana, y otras en menos, pero sin llegar a precisar del peso de botica, ha puesto con tino y con tiento Escotado en "Lo que dicen las mujeres" (1).

Friso de interviús con mocitas y damas que son grato descanso del quehacer, y en las que encontramos toda la sal, el donaire y la belleza, suave o pícaro de las mujeres de fama o sin ella.

Y en la hora de las citas de estas entrevistas traigamos a un primer término la de Pastora, la de Monique, las de las vicetiples respondiendo en corro. Pero mejor será traer a todas estas mujeres, a las que es difícil abandonar en el frío estante de la biblioteca.

Difícil dejarlas, pues su compañía es regalo encantador que nos hace con su liberalidad el poeta Román Escotado.—*J. S.*

## UN LIBRO BRASILEÑO SOBRE CERVANTES

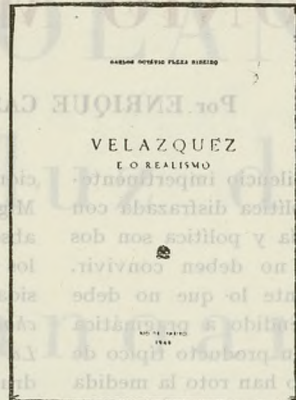
Debemos registrar, con una complacencia gozosa, la aparición del libro del profesor Fléxa Ribeiro Velázquez o *realismo* (Río de Janeiro, 1949) por motivos diversos y coincidentes. En primer lugar, es especialmente grato que una monografía de esta importancia, superior, sin duda, a todo lo aparecido de tipo semejante en América del Sur, sea dedicada por un profesor brasileño al más grande de los pintores españoles de la edad de oro, artista en el que, por conjunción singular, lusitanos y españoles podemos reconocer una gloria común. Siempre he creído que en la historia del arte podrán hallarse las más sólidas y universales humanidades del mundo de hoy, y en ese sentido, fuera de nuestro Cervantes, nadie mejor que Velázquez para encarnar lo que estimamos de mejor en la España clásica.

Significa este libro la alcanzada madurez universitaria de los estudios de historia del arte en el Brasil, la atención espontánea y efusiva, a despecho de todas las hostiles propagandas hacia los valores de la civilización española, y la necesidad de su comprensión para la creación de una bien asentada cultura americana. El profesor Ribeiro no es un improvisado escritor o un diletante elocuente, sino un universitario de cuerpo entero, formado en las técnicas de la investigación y de la estética, y al corriente de las ideas y de la bibliografía. Velázquez es para él, y así lo dice en la introducción de su libro, el artista más representativo de su periodo histórico y, al mismo tiempo, el más moderno y el que más legítimamente expresa la cultura peninsular, precisamente en lo que tiene de más universal aportación a la cultura.

La aparición de monografías como ésta al otro lado del Atlántico es un síntoma impagable de esa madurez cultural que en los mejores círculos de la América ibérica se ha conseguido, madurez de la que tanto esperamos, no simplemente desde un punto de vista estrecho o egoísta, sino como aportación efectiva a un mundo, hoy por hoy, desconcertado y empobrecido. Cuando países enteros que han vivido ligados a la cultura occidental se hundan en la catástrofe

o en la esclavitud, es urgente restablecer el equilibrio con aportaciones nuevas que no desnivelen hacia el abismo ese tesoro común. Pero ¿por qué no decirlo? También como españoles nos sentimos especialmente satisfechos al leer el trabajo del profesor brasileño. El rumbo de la época actual tiende a identificar demasiado—probablemente como nunca en la historia—la influencia cultural de unos pueblos sobre otros, con su fuerza bélica y política. Es urgente, pues, que aquellos que tenemos un pasado y una cultura comunes, nos aprestemos a hacerla reconocer en el papel y el valor que, efectivamente, tiene, y que no se funda, naturalmente, en poderíos financieros circunstanciales o en efectivos bélicos posibles. Que Velázquez sea estudiado, como lo es, en el libro del profesor Ribeiro, en un libro aparecido en el Brasil en esta fecha de 1949, nos parece un paso que es, efectivamente, el verdadero camino a la cultura universal. Pero, además, para escribirlo, el profesor Ribeiro demuestra haber entrado en un sincero y profundo contacto con el pasado español y conocer la bibliografía española, incluso la más reciente, sobre las materias en que ha trabajado.

El libro abarca, en diez capítulos y dos apéndices, no solamente lo biográfico, sino lo estético, siguiendo el desarrollo de la obra de Velázquez a través de su producción, estudiada en relación con la vida del artista, y dedicando tres capítulos a los problemas estéticos esenciales; una cronología y un catálogo de las obras principales continúan el trabajo.—*E. Lafuente Ferrari.*



## EL ULTIMO CONQUISTADOR

José María Salaverría llamó así, en su *Viaje a Mallorca*, a fray Junípero Serra, figura rigurosamente maravillosa del apostolado y la conquista espiritual en el siglo XVIII. Nacido en 1713 en Petra, humilde villa mallorquina, Miguel José Serra y Ferrer fué desde niño un hermano en dulzura del incomparable ambiente en que vivió la luz.

LEYENDO las admirables evocaciones que de ese ambiente y de fray Junípero ha escrito D. Lorenzo Riber, he pensado a veces que el gran fraile franciscano pudo ser un tema precioso para el arte de Mistral: "una gran fuente de poesía serena", como dijo, a otro propósito, en verso eterno, el propio vate. Pues si mistraliana es toda la isla de oro, la paz del pueblecito nativo, la raza sobria y antigua de sus moradores, su vida noble y patriarcal, el sosiego de la plazuela donde hoy se alza, como en otros lugares del Nuevo Mundo, la estatua del misionero, mistraliano resulta en sí fray Junípero, fuerte y humildísimo, sano, agreste y civilizador, a imagen de lo que representa la obra y el espíritu mismo del inmenso poeta provenzal.

AVIVA estos recuerdos la publicación de una biografía de Serra debida a la pluma de Augusto Casas (1), autor también, entre diversos trabajos, del puntal estudio biográfico de otro personaje singularísimo de nuestro siglo XVIII y principios del XIX: aquel legendario D. Domingo Badía, que, haciéndose pasar por *Ali-Bey*, acometió empresas que más parecen soñadas por una fantasía novelesca.

LA VIDA de fray Junípero se nos muestra, a través de la pulera y bien documentada narración de Casas, como un dechado de amor y santa audacia. Es impresionante seguir las vicisitudes de aquel espíritu que se movía incansablemente a impulsos de su caridad, inquietísimo a fuerza de ser pacífico, indomable a fuerza de manso, ambiciosísimo en medio de su pobreza y absoluto despego de todo bien temporal. La riqueza de aspectos que ofrece una personalidad como la suya brinda temas al historiador, al teólogo, al psicólogo, y yo diría que al antropólogo, concibiendo la antropología como ciencia total del hombre.

ESTUPENDA figura la de fray Junípero para estudiar también al hombre español. En sí mismo considerado, es un ejemplar hispánico muy calificado: realiza el ideal franciscano, un cristianismo muy puro, encarnando a la vez la fortaleza y el temple de nuestros conquistadores. Apunta a un blanco divino y consigue a la vez lo temporal y lo eterno. Tiene la entereza de un guerrero y es un fraile inerme, sin más instrumentos de conquista que su palabra elocuente—porque era elocuente predicador—y sus brazos abiertos, su cruz de Cristo, su corazón apasionado.

Y si le contemplamos históricamente, fray Junípero Serra nos depara un arsenal de sabrosos temas. Por de pronto, él vive durante casi todo el siglo XVIII: 1713-1784. Y es lo contrario de un neoclásico. Todo lo que entonces congela el arte, lo que convierte al espíritu en *esprit*, lo que aridece las almas, está ausente de su genio sencillo y cálido. El quiere simplemente la gloria de Dios, como sus predecesores de los siglos XVI y XVII. No recusa ni remeda nada. ¿Porque no había muerto en España lo que él representó? He aquí el problema fecundo para un historiador, para un filósofo o un polemista de nuestra historia. Indudablemente, existe continuidad ininterrumpida, y nada es menos parecido a la imitación de modelos de la tragedia neoclásica, por ejemplo, que el esfuerzo, fabuloso y perseverante a la manera clásica, de fray Junípero Serra, seráfico titán.

UN LIBRO como éste siempre llega oportunamente, porque el evangelizador de California tiene menos popularidad de la que debiera tener como misionero, como español y como hombre, con estatuas en San Francisco y en el mismo Capitolio de Washington.

En diciembre de este año se celebra el centenario de su desembarco en Veracruz para dar comienzo a su hazaña apostólica y civilizadora. Y también por eso, el libro de Augusto Casas, dispuesto con sentido y cultura de historiador y con lenguaje moderno, emotivo en las florecillas franciscanas, ameno en la relación de las proezas, cumplirá dignamente el noble propósito de divulgar una vida no suficientemente glorificada.—*J. L. Vázquez Dodero.*

(1) AUGUSTO CASAS: FRAY JUNIPERO SERRA, EL APOSTOLADO DE CALIFORNIA. Con 76 ilustraciones. Luis Miracle, editor; Barcelona, 1949.

# BIBLIOTECA TEATRAL

Administración: Avenida José Antonio, 11, 5.º  
MADRID

3. Garcilaso de la Vega, de M. Tomás...	1,50
4. Suspense en amor, de Ladislao Fodor, traducción de Tomás Borrás...	1,50
5. ¿Quién...?, de J. Ramos Martín...	1,50
6. Mi niña, de Fernández y Quintero...	1,50
7. Cancela, de Ochaíta y R. de León...	1,50
8. La infeliz vampiresa, de Torrado...	1,50
9. Gente de bulla, de José Tellaache...	1,50
10. Amuleto, de Paso (hijo) y Sáez...	1,50
11. El señorito Pepe, de Luis de Vargas...	1,50
12. Gloria Linares, de A. Casas Bricio...	1,50
14. ¡Y vas que ardes!..., de F. Ramos de Castro y Manuel López Marín...	2,00
15. En poder de Barba Azul, de Luisa María Linares y Daniel España...	2,00
17. Madrinta buena, de Pérez y Pérez...	2,00
19. María Antonieta, de Ardayn y Mañes...	2,00
22. El gran tacaño, de Paso y Abati...	2,00
28. Un timbre que no suena, de Haro...	2,00
29. La dama duende, de P. Calderón...	2,00
30. Tú gitano y yo gitana, de C. Bricio...	2,00
32. ... Y creó las madres, de C. Bricio...	2,00
33. Madre (el drama padre), de Jardiel...	2,00
34. Los cuatro robinsones, de García Álvarez y P. Muñoz Seca...	2,00
35. Dios te ampare, Los galgos, La afición y El mejor de los mundos, de Antonio Ramos Martín...	2,00
38. La sobrina del cura, Los milagros del jornal, de Carlos Arniches...	2,00
39. Como tú me querías, de Navarro...	2,00
41. El primer rorro y La casa de los milagros, de Paradas y Jiménez, y Presentimiento, de J. F. Roa...	2,00
42. ¡Consuelate, Laureano!, de Lucio...	2,00
44. Blanca por fuera, rosa por dentro, de Enrique Jardiel Poncela...	3,00
46. Mi señor es un señor, de F. Sevilla...	2,00
47. ¡La condesa está triste!, de Arniches...	2,00
48. El ardid, de Pedro Muñoz Seca...	2,00
49. Don Verdades, de Carlos Arniches...	2,00
50. ¡Mujercita mía!, de A. Paso, López Monís y José Pérez López...	2,00
51. La fiera dormida, de Arniches...	2,00
52. Pastor y Borrego, de García Álvarez y Pedro Muñoz Seca...	2,00
53. Ya conoces a Paquita, de Arniches...	2,00
54. Ha entrado una mujer, de Deza...	2,00
55. La señorita Polilla, de D. España...	2,00
56. Los que quedamos, de Cenozato...	2,00
58. Para ti es el mundo, de Arniches...	2,00
60. La Prudencia, de F. del Villar...	2,00
61. Las cosas de la vida y Mentir a tiempo, de M. Seca y P. Fernández...	2,00
62. No te ofendas, Beatriz, de Carlos Arniches y Joaquín Abati...	2,00
63. Martingala, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández...	2,00
64. Las tres B. B. B., de Luis Tejedor y Luis Muñoz Lorente...	2,00
65. La mentira del silencio, de J. Maura...	2,00
66. Ambición, de Suárez de Deza...	2,00
67. Las siete vidas del gato, de Jardiel...	3,00
68. ¡Catalina, no me lo gres!, de Deza...	2,00
69. Con los brazos abiertos, de Navarro...	2,00
70. La plancha de la Marquesa, de Pedro Muñoz Seca...	2,00
71. La chica del gato, de Arniches...	2,00
72. El puñao de rosas, de Arniches y Asensio Más, y Alma de Dios, de Arniches y García Álvarez...	2,00
73. Los chatos, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández...	2,00
74. La verdad de la mentira, de Pedro Muñoz Seca...	2,00
75. Cuando a Adán le falta Eva, de Acosta...	2,00
76. La frescura de Lafuente, de García Álvarez y Pedro Muñoz Seca...	2,00
77. La patria chica y La mala sombra, de S. y J. Álvarez Quintero...	3,00
78. La Montería y Cartas son cartas, de Ramos Martín...	2,00
79. Tú y yo somos tres, de Jardiel...	3,00
80. Cándido de día, Cándido de noche, de E. Suárez de Deza...	3,00
81. El Padre Pitillo, de Arniches (extra)...	4,00
82. El mal de amores y La reina mora, de S. y J. Álvarez Quintero...	3,00
83. La señorita Angeles, de M. Seca...	3,00
84. La revoltosa y Las bravías, de José López Silva y Fernández Shaw...	3,00
85. La cruz de Pepita, de Arniches...	3,00
86. Agua, azucarillos y aguardiente y El chaleco blanco, de R. Carrión...	3,00
87. El Goya y La Nicotina, de P. Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández...	3,00
88. Nocturno, de E. Suárez de Deza...	3,00
89. El Sosiego, de José de Lucio...	3,00
90. Un alto en el camino, de El Pastor Poeta...	3,00
91. Usted tiene ojos de mujer fatal, de E. Jardiel Poncela...	3,00
92. Las "cosas" de Gómez, Clemente el Bonito, y Lola, Lolilla, Lolita y Lolo, de M. Seca y P. Fernández...	3,00
93. Del brazo y por la calle, de Armando Mook...	3,00
94. Tres mil pesos, de Darthes y Damel...	3,00
95. Marielana, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero...	4,00
96. El tío estraperlo, de Jesús M. Borrás...	3,00
97. Rigoberto, de Armando Mook...	3,00
98. El sexo débil ha hecho gimnasia, de E. Jardiel Poncela (extra)...	4,00
99. La Caraba, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández...	3,00
100. Como mejor están las rubias es con patatas, de J. Poncela (extra)...	4,00

NOTA.—Los números 1, 2, 13, 16, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27, 31, 36, 37, 40, 43, 45, 57 y 59 están agotados.